

La literatura del urbicidio: Friedrich, Nossack, Sebald y Vonnegut

Eduardo Mendieta

Stony Brook University²

Pero los bombardeos estratégicos no habían ganado la guerra. Como mucho, habían facilitado algo el trabajo de las tropas de tierra que sí lo hicieron. La aviación, los grupos de combate y las bombas usadas en la campaña habían costado a la economía americana mucho más en producción de lo que le habían costado a Alemania... Uno o dos párrafos finales escritos por Henry Alexander habían sobrestimado bastante la contribución de las fuerzas aéreas al resultado sin alterar los hechos básicos. Una mayor dramatización del descubrimiento del fracaso hubiera sido más útil al propósito de la historia y de la política del futuro, pues nos habría preparado mejor para la costosa ineffectividad de los bombardeos en Korea y Vietnam y, de este modo, nos podíamos haber ahorrado el reproche de la opinión civilizada (John Kenneth Galbraith, 1981, pág. 226-7).

Es imposible sostener guerra alguna de una manera completamente humana. En muchos aspectos, los aliados occidentales hicieron gala de una encomiable caridad en su forma de hacer la guerra total contra un enemigo carente de sentimientos civilizados. Los ataques aéreos, sin embargo, fueron la excepción. Era ésta una política muy alejada del espíritu con el que los americanos y los ingleses conducían sus esfuerzos bélicos. Lo remoto de los bombardeos hacía tolerables a ojos de los líderes políticos occidentales y de sus mandos militares, por no mencionar a las tripulaciones aéreas, acciones que hubieran parecido repugnantes y probablemente insoportables si los aliados hubieran confrontado de cerca las consecuencias. (Max Hastings, 2004, pág. 308).

Como descubrieron rápidamente las tripulaciones de los bombarderos, su primera línea en el cielo ya no guardaba más parecido con los combates individuales de los gladiadores de lo que lo hacían las trincheras de Flandes. En su pura, abrumadora escala, la ofensiva del bombardero estratégico era inquietantemente similar a la demoledora y anónima cadena de montaje de la guerra de desgaste, que había deshumanizado, o al menos privado de su romanticismo, a los soldados de tierra en la última guerra. La tripulación de un bombardero era una mera pieza en una inmensa máquina que abarcaba la mitad del globo, una máquina que rebañaba a los hombres y los arrojaba al aire con la precisión de una catapulta que estrella peñascos contra los muros de piedra de un castillo enemigo (Stephen Budiansky, 2004, pág. 309).

1. La mayoría de los historiadores, en palabras de Erich Hobsbawn, consideran el siglo XX como la "era de los extremos" (Eric Hobsbawn, 1995). Algunos historiadores han ido más lejos en la precisión de la naturaleza de estos

² Este artículo apareció originalmente como "The Literature of Urbicide: Friedrich, Nossack, Sebald, and Vonnegut", *Theory & Event*, Baltimore: 2007. Vol. 10, Iss. 2. Copyright Johns Hopkins University Press 2007. Traducido -con permiso de los editores y del autor- por Cristina Morales Saro y Francisco Javier Gil Martín.

extremos, llamando al siglo XX “el siglo del genocidio” (Levene, 2000). Mientras que la mayoría de los asesinatos en el siglo XX tuvieron lugar en los campos de concentración, los gulags y las estepas de Euroasia, un gran número de muertes fue debido al surgimiento del bombardeo de área, el bombardeo estratégico y lo que más tarde, durante Korea y Vietnam, sería llamado el “bombardeo en alfombra”. Como la socióloga Mary Kaldor señaló en su importante obra *Old and New Wars*, el siglo XX también marcó una importante inversión en la ratio de militares y civiles muertos debido a la guerra. Mientras que en la mayoría de las guerras que tuvieron lugar entre los siglos XVII y XX la ratio de las muertes de militares y de civiles era de 8 a 1, en el siglo XX pasó a ser de 1 a 8 (Kaldor, 2001, págs. 8, 100). El siglo XX deviene el siglo de los genocidios precisamente porque la inmunidad civil en las guerras sucumbió ante la lógica de la guerra total. Es más, la mayoría de las muertes civiles fueron ocasionadas a consecuencia de la transformación de la guerra total en urbicidio. Así pues, el siglo XX fue un siglo de genocidio en parte porque fue un siglo de urbicidio.

La lógica de la guerra total que hace de la fachada de cada casa un frente de batalla, donde no hay testigos inocentes y donde los civiles están de hecho implicados en las políticas bélicas de gobiernos tiránicos, convirtió las ciudades en objetivos militares. La lógica de la guerra total culmina en el urbicidio. En el centro de esta lógica está también lo que el historiador militar Michael Sherry ha llamado “fanatismo tecnológico”. Y a la cabeza de este fanatismo estaba, y sigue estando ahora como antes, la idolatría del avión y de sus bombas, sean éstas estúpidas o inteligentes. El asesinato de las ciudades en el siglo XX perpretado por lo que se dio en llamar el “bombardeo moral”, pero que pronto se convirtió en bombardeo en alfombra, y luego en “destrucción” deliberada de los centros urbanos, fue posible gracias al desarrollo del bombardero pesado y luego del avión a reacción.

Los desarrollos tecnológicos permitieron sustituir el control de mar y tierra por el control total del aire. Al mismo tiempo, el avión llegó a ser el foco de una fascinación tecnológica que deseaba volver a cubrir de romanticismo la experiencia de la guerra. Por ejemplo, el número uno de la aviación se convirtió en un “caballero del aire” (Robertson, 2003). La combinación de la disponibilidad tecnológica con la idealización de una élite de guerreros permitió que la guerra aérea se tornase en una guerra de aniquilación tal que en el mismo proceso ocultaba su propia destrucción. La transformación de las ciudades en necrópolis, desde una altura de 30.000 pies que ponía a salvo a los pilotos y a las tripulaciones aéreas para que llevaran a cabo el asesinato de 100.000 civiles en un solo ataque aéreo -como ocurrió en el caso de Alemania y Japón durante la Segunda Guerra Mundial-, ha sido ampliamente analizada por sociólogos y filósofos de la tecnología. Lo que no ha sido estudiado adecuadamente es la fenomenología del urbicidio, es decir, la experiencia de una destrucción urbana tan masiva.

Una posible aproximación a tal fenomenología tendría que empezar poniendo el acento en el acontecimiento del shock físico, el cual es después acrecentado por el trauma de la devastación urbana misma. Esta fenomenología del urbicidio, a su vez, tendría que complementarse con un análisis de la responsabilidad histórica, ya que la mayoría de los registros de urbicidio llegan a nosotros a modo de documentación e investigación históricas. Por último, dado

que el urbicidio está en la encrucijada entre lo individual, lo colectivo y lo histórico, nosotros sólo podemos tener acceso a él a través de un prodigioso ejercicio de imaginación ficticia. El único modo de aproximarse de manera adecuada al alcance de estas maquinaciones de aniquilación y devastación, que operan como si fueran cataclismos, es mediante un enfoque que vaya más allá de la ficción histórica y de los recuerdos personales. Y en este punto la cuestión de una ética de la ficción pasa a primer plano. Así, el modo más apropiado de circunscribir la singularidad histórica del urbicidio es por la vía de una fenomenología que, por su parte, presuponga y a la vez implique una ética. Por esta razón, en las páginas que siguen nos acercaremos a los elementos de una tal fenomenología del urbicidio a través del análisis de cuatro escritores del urbicidio o de lo que podemos denominar la literatura del urbicidio: Friedrich, Nossack, Sebald y Vonnegut. Mientras que los tres primeros son autores alemanes, el último es un escritor estadounidense clásico. Con todo, la obra de Vonnegut encaja entre aquellas de los autores alemanes sobretudo porque trata de la experiencia del bombardeo incendiario de Dresde en alguien que lo vivió como víctima y como ejecutor. Es también una de las más tempranas narraciones, si no la primera, en intentar dar palabras a una catástrofe humana sin precedentes.

2. La literatura del urbicidio de la Segunda Guerra Mundial es ya numerosa³. Además de las obras que discuto en este artículo, podría también haber propuesto *Hiroshima* de John Hersey, las novelas de Hermann Kasak o de Heinrich Boll, el diario de Victor Klemperer o las anónimas memorias de una mujer que sobrevivió a las violaciones en masa que tuvieron lugar después de que los soviéticos entraran en Alemania (Isenberg, 2005; Anderson, 2005). A esta literatura se podría también añadir los trabajos más actuales sobre urbicidio, tales como la obra de Nuha Al-Radi *Baghdad Diaries: A Woman's Chronicle of War and Exile* [*Los diarios de Bagdad. Un testimonio de vida en Irak*], la de Jasmina Tesanovic *The Diary of a Political Idiot* [*Diario de un idiota político*], y el más reciente *Baghdad Burning: Girl Blog from Iraq* [*Bagdad en llamas: el blog de una niña en Irak*], la compilación del blog mantenido por Riverbend, el pseudónimo de una joven mujer de Bagdad. Me he centrado, sin embargo, en cuatro autores que dedicaron sus escritos al bombardeo incendiario, a los bombardeos de área, y al bombardeo intensivo en alfombra de las ciudades alemanas durante la Segunda Guerra Mundial. Lo he hecho así porque al centrarme en estos escritores podría concentrarme en el surgimiento de los bombardeos estratégicos como parte de la guerra total, y en el tipo de asuntos morales y éticos que ello nos plantea a nosotros hoy en día. Si vamos a tratar propiamente del futuro de las ciudades en el siglo XXI, tenemos que asimilar que hemos heredado del siglo XX un imperativo estratégico que ha guiado la conducta de la guerra desde el final de la Segunda Guerra Mundial, a saber, el imperativo estratégico de la supremacía del aire que, como corolario, hace amplio uso de los bombardeos estratégicos de los centros urbanos. Cité las declaraciones de John Kenneth Galbraith acerca de su valoración del informe emitido por la encuesta del bombardeo estratégico de los Estados Unidos [*United States Strategic Bombing Survey*] como un epígrafe para este ensayo precisamente porque él vio ya en 1945 que la supremacía aérea y el uso indiscriminado de las bombas llegarían a ser un principio central de la doctrina militar de los Estados Unidos⁴.

³ Véase la bibliografía compilada por Volker Hage (Hage, 2003, págs. 287-292).

⁴ Para una visión a fondo del papel de Galbraith en la encuesta del bombardeo estratégico de los Estados Unidos, véase el capítulo 9 (titulado

Hasta el día de hoy, el ejército de los Estados Unidos está buscando la bomba inteligente suprema, la que hará del asesinato de los ciudadanos y de las ciudades una muerte inmaculada, exenta de culpa, desinfectada y sin luto. Hipnotizados por el fanatismo tecnológico, nos esforzamos en pos de la utopía de una guerra sin tacha y desapasionada, de la cual no somos ni responsables ni culpables.

I. W. G. Sebald

3. Winfried Georg Sebald nació en 1944 en Wertach im Allgäu, una región de Alemania que quedó parcialmente a salvo de los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Estudió Lengua y Literatura Alemanas en Friburgo, Suiza y Manchester. Finalmente se instaló en Inglaterra y enseñó en la Universidad de East Anglia en Norwich durante treinta años. Fue también el director fundador del British Centre for Literary Translation, puesto que ocupó desde 1989 hasta 1994. En una etapa tardía de su vida regresó a la ficción —o, más propiamente, a la ficción histórica— y publicó una serie de novelas que le valieron el reconocimiento internacional⁵. En 1997 Sebald impartió en Zúrich sus conferencias "Guerra aérea y literatura". Estas conferencias fueron revisadas, desarrolladas y publicadas dos años después. Sebald murió en 2001 en un accidente de coche. La traducción al inglés del libro en alemán de 1999 que recogía sus conferencias se publicó en 2003 con el título *On the Natural History of Destruction* [*Sobre la Historia Natural de la Destrucción*] (Sebald, 2003), un título notoriamente engañoso que Sebald no hubiese elegido⁶. Una versión más corta y muy bien editada de la parte principal del libro apareció en el número del *The New Yorker* correspondiente al 4 de noviembre de 2002. La edición inglesa del libro añade tres ensayos sobre Jean Amery, Alfred Andersch y Peter Weiss, respectivamente. En 2005 apareció una traducción de su trabajo póstumo titulado *Campo Santo*, el cual consta de 16 ensayos cortos, algunos de los cuales tratan sobre el tema de la guerra aérea.

4. Pero son las conferencias de Zúrich las que nos ocupan aquí. El tema central de las mismas es el papel del escritor como portador de la memoria social y, en particular, la acusación de Sebald a los escritores alemanes por no haber tratado, ni siquiera tangencialmente, el trauma nacional de la guerra aérea contra las ciudades alemanas y sus gentes. Sebald empieza sus conferencias de este modo:

"Surveying the Consequences of War") de Richard Parker, 2005, 172-190.

5 Véase la entrada dedicada a Sebald en la Literary Encyclopedia online, disponible en www.litencyc.com.

6 Sebald escribió en 1982 un ensayo titulado "Between History and Natural History: On the Literary Description of Total Destruction" ["Entre la historia y la historia natural: sobre la descripción literaria de la destrucción total"], recopilado ahora en *Campo Santo* (Sebald, 2005, 65-95). Sabemos por el propio Sebald que la expresión "historia natural de la destrucción" procede de Lord Solly Zuckerman, quien intentó escribir un reportaje con ese título, pero que nunca llevó a cabo su plan debido a su incapacidad para dar expresión a la devastación que él había visto, particularmente en Colonia. *On the Natural History of Destruction* asimila un cataclismo producido e inducido humanamente a un acontecimiento de la naturaleza: una inundación, un terremoto, una sequía, un tsunami, un huracán. De este modo, ontologiza y neutraliza un producto humano, un acontecimiento histórico. Sebald estaba interesado en comprender las dimensiones históricas, es decir, humanas de un acontecimiento que asumió proporciones y cualidades casi naturales, aunque siguiera siendo, aún así, un acto humano. En el mejor de los casos, Sebald quería reflexionar sobre el encuentro de la historia natural y la historia humana tal como ocurrió en los bombardeos incendiarios de las ciudades alemanas. Pero tenemos que tener sumo cuidado en no dejarnos persuadir por la suposición de que Sebald buscaba nivelar y homogeneizar la destrucción de las ciudades alemanas con una catástrofe o un cataclismo de proporciones y efectos naturales.

"Hoy es difícil hacernos una idea siquiera en parte adecuada de la extensión de la devastación sufrida por las ciudades en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, y aún más difícil es pensar acerca de los horrores que envuelve esa devastación... Es verdad que de los 131 pueblos y ciudades atacadas, algunas sólo una vez y otras de forma repetida, muchas fueron casi totalmente arrasadas, que alrededor de 600.000 civiles alemanes cayeron víctimas de los ataques aéreos, y que tres millones y medio de casas fueron destruidas, mientras que al final de la guerra a siete millones y medio de personas se les dejó sin casa, y quedaron 31,1 metros cúbicos de escombros por persona en Colonia y 42,8 metros cúbicos por cada habitante en Dresde. Pero nosotros no comprendemos qué significa todo esto realmente" (Sebald, 2003, pág. 3-4)

5. Ciertamente es difícil empezar por hacernos una idea adecuada porque los meros números no nos comunican el nivel de concentración. Por ejemplo, entre septiembre de 1944 y abril de 1945, los Aliados dejaron caer más de 800.000 toneladas de bombas sobre Alemania, lo cual representa más o menos un 60 por ciento del total de bombas arrojadas entre 1939 y 1945. Como escribe Max Hastings en su libro *Armageddon*:

"En total, en los primeros cuatro meses de 1945 los británicos dejaron caer 181.740 toneladas de bombas sobre Alemania, y la Eighth Air Force de Estados Unidos, 188.573. Durante todo el año 1943, los británicos habían tirado sólo 157.367 toneladas. Estas estadísticas enfatizan la enorme destrucción que se causó a las ciudades alemanas en la fase de la guerra en la que los civiles "desalojados" [*de-housing*] se habían vuelto insignificantes para todos excepto para los miserables alemanes de allí abajo" (Hastings, 2004, pág. 306-7)

6. De acuerdo con el historiador militar Stephen Budiansky, el 11 por ciento de la población alemana, y el 50 por ciento de los que residían en las ciudades, se quedaron sin casa y en torno al cincuenta por ciento del total de los espacios urbanos de Alemania fue arrasado (Budiansky, 2004, pág. 318). El bombardero Harris⁷, contradiciendo explícitamente las órdenes del Ministerio del Aire, no procedió con los bombardeos estratégicos y asedió obsesivamente las ciudades alemanas. En una carta de noviembre de 1994, el bombardero Harris escribe:

"En los últimos 18 meses, el comando de bombardero ha destruido prácticamente 45 de las 60 principales ciudades alemanas. A pesar de los desviaciones de la invasión [¡La invasión de Normandía fue un desvío!], ¡nosotros hemos logrado hasta ahora mantener o incluso exceder nuestra media de dos ciudades devastadas al mes! No hay ya muchos centros de población industriales que queden intactos. ¿Vamos a abandonar esta vasta tarea, aquella que los propios alemanes han admitido durante mucho tiempo que es su peor dolor de cabeza, justo cuando se

7 Arthur Travers Harris (1892-1984), mariscal de la Royal Air Force y comandante en jefe del Comando de Bombarderos, fue conocido por la prensa como "Bomber Harris" [Bombardero Harris] y por sus compañeros de la R.A.F como "Butcher Harris" [Carnicero Harris]. En 1953 fue condecorado con el título de Baronet, la Orden del Baño, la Orden del Imperio Británico y la Cruz de la Royal Air Force (N.d.T)

acerca su culminación?" (citado en Hastings, 2004, pág. 304).

7. Hoy día sabemos que los alemanes fueron capaces de triplicar su producción militar, por encima de sus niveles antes de que incluso la guerra aérea se pusiera en marcha, y que de hecho sólo un 1 por ciento de la producción de guerra alemana se vio afectada por las bombas del bombardero Harris (Budiansky, 2004, pág. 318). Ya en 1945 la encuesta del bombardeo estratégico de los Estados Unidos llegó a la conclusión de que sólo el 6,5 por ciento de las maquinarias fueron dañadas o destruidas por los así llamados bombardeos estratégicos (Budiansky, 2004, pág. 323). Además, el único objetivo estratégico que al final importaba, a saber, las refinerías de petróleo y los centros de procesamiento de la gasolina esparcidos por Alemania y los Balcanes, recibieron en total sólo el 12 por ciento de todo el tonelaje de bombas arrojadas sobre Europa (Budiansky, 2004, pág. 329). Incluso si Albert Speer era capaz de producir tres veces más aviones para los esfuerzos bélicos nazis, sin gasolina y sin pilotos, la cuestión era discutible. Pero ésta no era la intención del bombardero Harris. Budiansky resume crudamente esta lógica obscena en los siguientes términos:

"La decisiva confrontación con la Luftwaffe en la primavera de 1944 ha demostrado también la relativa poca importancia de los objetivos que los bombarderos lograron alcanzar: lo que importaba era provocar a los combatientes para que respondieran y fueran derribados. Mirado retrospectivamente, los 600.000 civiles alemanes asesinados en el proceso parecían algo casi incidental en relación con lo que realmente importaba en la guerra aérea" (Budiansky, 2004, pág. 330).

8. Mientras que la guerra aérea puede no haber sido más glamurosa y gloriosa que la guerra de desgaste que los europeos habían experimentado durante la Primera Guerra Mundial, y mientras que las muertes civiles a los dos lados del canal pueden haber sido "incidentales" o, como decimos hoy, "daños colaterales", una sociedad que fue destrozada en el sentido en que Sebald hacía notar por aproximación se encuentra quizá más allá de lo que pueden transmitir las palabras, pero precisamente por esta razón debería haberse convertido en un tema prioritario para la literatura alemana de postguerra. De hecho, las conferencias de Sebald propusieron cuatro tesis centrales⁸.

Primero, que la experiencia de la devastación de las ciudades alemanas no encontró un lugar en la literatura alemana de postguerra. Segundo, que los afectados por la guerra aérea, que seguro que fue un enorme número de alemanes ya que la mitad de los habitantes urbanos se quedaron sin casa y que la mayoría de las ciudades alemanas fueron arrasadas, guardaron silencio acerca de sus experiencias. Tercero, que este silencio estaba directamente relacionado con el tabú de hablar de tales experiencias. Cuarto, que ese silencio que los afectados se impusieron a sí mismos ha contribuido a aquello que Mitscherlich llamó una incapacidad de duelo, que dejó un efecto deformante en la nación emergente. Tal como Sebald lo expresó en un ensayo de 1983 al tratar explícitamente el tema del luto,

8 Para una visión general del debate sobre Sebald, véase Hage, 2003, pág. 113-131. No estoy por completo de acuerdo con el resumen y la caracterización de Hage de lo que fue central en el debate, aun cuando encuentro útil su visión general. Por lo demás, el libro de Hage es extremadamente importante en el debate sobre la guerra aérea (*Lufikrieg Debatte*).

"probablemente es justo decir, por lo tanto, que los autores de los años cincuenta, predestinados a ser la conciencia de la nueva sociedad, fueron tan sordos a la conciencia como aquella nueva sociedad misma" (Sebald, 2005, pág. 99).

9. Que los escritores alemanes no lograron ser la conciencia de la nueva sociedad es precisamente lo que llevó a Sebald a una censura tan estridente de sus colegas escritores, y éste es de hecho el centro de las conferencias sobre "La guerra aérea y la literatura". Por eso es importante subrayar, a pesar de las negativas e indignadas reacciones a las conferencias de Sebald que se presentaron en *The New Yorker* (en las cartas de los lectores impresas en el número correspondiente al 2 de diciembre de 2002), que Sebald no comulgó con las ideas revisionistas que pretenden exculpar los horrores del régimen Nazi. Tampoco hizo suyo el objetivo de intentar normalizar la situación alemana a través del reconocimiento del sufrimiento de los victimarios. De hecho, puede decirse que su objetivo fue exactamente el contrario. Sebald es bastante firme y explícito en que no busca ofrecer argumentos a los revisionistas alemanes. Él reflexiona sobre el rol de la literatura como vehículo para el recuerdo, para buscarle una solución al trauma nacional. Sebald argumenta que, salvo pocas excepciones, en especial las de Heinrich Boll y Hans Erich Nossack, la mayoría de los escritores alemanes no insistieron o ni siquiera abordaron las consecuencias de la guerra aérea. Este hecho puede haber contribuido a la incapacidad de los alemanes para llorar su propio pasado, su propio sufrimiento y, al no reconocer este sufrimiento, para hacerse cargo de aquello en lo que habían participado, sea voluntaria y pasivamente o de mala gana y bajo coacción.

El duelo permite dejar ir aquello que se ha perdido y restituir la pérdida de una dignidad que de otro modo habría desaparecido sin ser reconocida. Lo que se perdió fue un tipo de inocencia, la de que en algún nivel, incluso en el reconocimiento del sufrimiento mutuo, ha habido víctimas por ambas partes. Reconocer el sufrimiento es también un modo de tomar distancia respecto de quién y cómo lo ha infligido. A su vez, el duelo como restitución supuso un reconocimiento y en parte una reconstitución de la dignidad de las víctimas del régimen nazi, pues, cuando alguien hizo duelo, esas víctimas dejaron de ser tan solo los exterminados de un régimen genocida considerados con indiferencia y de una manera indiferenciada, sino las víctimas de una comunidad que lloró sus muertes. En cambio, de acuerdo con Sebald, se instaló un silencio autoimpuesto, castigador y generador de un odio de sí. En este sentido, la incapacidad para el luto como consecuencia del silencio de varias generaciones obstaculizó el proceso de asumir el antisemitismo de la sociedad alemana, pero también los modos en que los propios alemanes fueron víctimas del mismo régimen genocida. Al no hacer el duelo, lo que hicieron fue reconstituir su complicidad con el régimen del que habían sido víctimas.

10. El trabajo de Sebald es en general una meditación sobre las ruinas, sobre los desplazamientos, sobre la memoria y el exilio. Pero las conferencias de Zúrich nos llevan directamente a la cuestión de una ética de la memoria⁹.

⁹ Si bien podemos volver la mirada sobre Walter Benjamin, T. W. Adorno y J. Derrida para dar un enfoque más apropiado de la relación entre rememoración, conmemoración y ética, en Estados Unidos tenemos la fortuna de contar con Edith Wyschogrod, quien ha elaborado esta

Aunque Sebald no escribió directamente lo siguiente, es algo que da a entender su análisis general: ¿quién habla por el verdugo una vez que se ha convertido en víctima? O dicho de otra manera, ¿quién está autorizado para testificar por el verdugo y por el que es considerado criminal desde el punto de vista histórico? La víctima tiene una reclamación legítima de testimonio. Las víctimas pueden ser y son ellas mismas sus propios testigos, aunque a veces ese testimonio es imposible, como Derrida ha hecho explícito en sus últimos trabajos. El superviviente, como Adorno señaló, es culpable de haber sobrevivido, y así su testimonio está ya contaminado. Pero si es este el caso, ¿qué testimonio puede tener lugar por la parte de los verdugos, de los criminales, de los históricamente culpables, cuando éstos se han convertido a su vez en víctimas? La aproximación de Sebald a la cuestión de la ética de la memoria, y de los deberes de la literatura para actuar como un vehículo de la memoria social y como un lugar para reelaborar el trauma social, plantea otra cuestión: ¿con qué autoridad podemos nosotros negar al verdugo convertido en víctima el derecho a su memoria? De hecho, y para ser más preciso, en tanto que supervivientes y protegidos de la memoria del sufrimiento colectivo, ¿tenemos nosotros un deber superior de recordar en lugar de los verdugos convertidos en víctimas? Si ellos no pueden recordar o no se les está permitido por razones morales recordar, conmemorar su propio sufrimiento, ¿no es nuestro deber recordar para ellos y con ellos? Y en la medida en que nosotros denegamos a los verdugos devenidos víctimas su memoria, ¿no estamos también dificultando su incorporación final a una comunidad de iguales? Es este un tipo de chantaje usado con mucha frecuencia en la retórica oficial de las naciones enfrentadas. Sólo tenemos que volver la mirada a la reciente guerra contra Irak para ver sus efectos¹⁰, efectos que estas cuestiones tratan de desenmascarar. No es cierto que si permitimos al verdugo transformado en víctima que haga su duelo, estemos también aprobando o exculpando sus pecados históricos. Tampoco deberíamos sucumbir al chantaje similar de que poner en tela de juicio el cálculo de destrucción implica que nosotros por tanto aceptemos o estemos dispuestos a tolerar un dictador, o un mal mayor.

II. Jorg Friedrich

11. Jorg Friedrich es un historiador de formación y se ha establecido como un analista fiable y un crítico de las atrocidades y crímenes del nazismo, al cual difícilmente se le puede acusar de querer hablar demasiado rápido y con demasiada impaciencia acerca del sufrimiento que los aliados infligieron a los alemanes. En resumen, no puede ser sospechoso de albergar simpatías conservadoras, o de pretender ofrecer alimento a los revisionistas que han estado movilizando un giro hacia la derecha en la política cultural alemana. En 2002 Friedrich publicó un voluminoso estudio titulado *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945* [*El incendio: Alemania bajo los bombardeos 1940-1945*] (Friedrich 2002)¹¹, que curiosamente toma algo de las técnicas literarias de Sebald. Cada capítulo comienza con un largo párrafo casi aforístico que resume los contenidos del mismo. Cada subsección es menos un

cuestión y cosechado importantes resultados durante las últimas décadas (Wyschogrod 1985; 1998).

10 Véase el sorprendente y oportuno libro de Dagmar Barnouw *The War in the Empty Air*, en especial el prefacio y el capítulo primero (Barnouw, 2005).

11 La traducción inglesa apareció en el otoño de 2006. Véase la reseña de Ian Buruma (2004) de *Der Brand* y del siguiente libro de Friedrich (Friedrich 2002 y 2003). La obra de Friedrich habitualmente ha sido revisada en inglés junto con la obra de Sebald. La traducción inglesa de *Der Brand* no tuvo un claro impacto inmediato. A.C. Grayling (2006) dejaba explícitamente de lado el libro de Friedrich y Michael Bess (2006) o Marshall de Bruhl (2006) ni siquiera lo incluyeron en sus bibliografías.

relato que una evocación poética de los horrores y de la destrucción. Pone en orden todas las estadísticas y cifras que el historiador tiene al alcance de su mano, pero éstas se presentan junto con narraciones escalofrantes, muy gráficas y vívidas desde el punto de vista personal de los supervivientes de la guerra aérea. Apenas es un libro de historiador, aunque usa ampliamente las destrezas y herramientas de los historiadores. Friedrich ha sido reprendido en la prensa alemana por haber mezclado una prosa fría y desapasionada de historiador con los espeluznantes detalles existenciales del sufrimiento personal. El libro, sin embargo, enfrenta directamente los límites de ambas narrativas, la personal y la histórica. *Der Brand* es un producto que transgrede las fronteras entre géneros y disciplinas. Es también, y no sorprendentemente, un intento de sacar a plena luz los crímenes de guerra cometidos por los aliados a través del "bombardeo moral" y del así llamado "bombardeo estratégico".

12. *Der Brand* es una reflexión sobre la experiencia del "fuego" que es a un tiempo literaria, filosófica, histórica e incluso a veces poética. El fuego representa una etapa cualitativamente nueva en la guerra, una etapa que supera todo cuanto había ocurrido antes. Este fuego fue el resultado, pero también más que la mera suma de las bombas arrojadas sobre Alemania. La sinergia de los medios tecnológicos, del romanticismo tecnológico y de la ceguera tecnológica dio paso a una nueva experiencia del espacio. Se creó un espacio de aniquilamiento. Como escribe Friedrich:

"En una guerra industrializada, todas las industrias son industrias de guerra. Quienquiera que trabaje y viva en este contexto participa en el esfuerzo de la guerra... Entre 1940 y 1943, toman forma las ideas para crear, desde el aire, zonas de aniquilación (*Vernichtungsraume*) en la tierra con el fin de destruir tanto los medios como el ánimo para continuar la guerra. Estas ideas fracasan. Finalmente, Alemania tiene que ser conquistada por tierra, metro a metro, en una campaña de siete meses. A modo de apoyo táctico para esta sangrienta campaña, el mayor volumen de bombas conocido hasta entonces se dejó caer en el área más grande, con el número más elevado de bajas humanas" (Friedrich, 2002, pág. 49)

Al final nos quedamos con una visión de un acontecimiento apocalíptico provocado por medios tecnológicos que superó todo cuanto el ser humano había experimentado hasta entonces.

13. El libro no está organizado cronológicamente, sino más bien temáticamente. Así, por ejemplo, tenemos capítulos sobre armas, en los cuales Friedrich considera los aviones, los artificieros, los bombardeos pesados y el radar; otra sección considera las estrategias, las regiones de los bombardeos aéreos, la defensa; y por último el "nosotros", el comportamiento de la gente bajo los ataques aéreos, y la respuesta del régimen nazi. Una penúltima sección, titulada "Yo", trata el aspecto sensorial de los ataques aéreos, las emociones evocadas y, finalmente, la supervivencia. La última sección del libro se titula "Piedras"; ésta se cierra con una subsección que se titula "La resiliencia de papel", una reflexión sobre la destrucción de las bibliotecas por las tormentas de fuego

desencadenadas por las bombas incendiarias arrojadas sobre la mayoría de las ciudades alemanas, lo que resultó ser la mayor quema de libros jamás acontecida en la historia humana.

14. En 2003 Friedrich publicó un libro impresionante titulado *Brandstätten: Der Anblick des Bombenkriegs*, título que podría traducirse por *Lugares de conflagración: el aspecto de la guerra de las bombas* (Friedrich, 2003). El libro tiene diez capítulos, cada uno encabezado por un solo sintagma: “antes”, “ataque”, “defensa”, “refugio”, “rescate”, “provisión”, “escombros”, “vivir en ruinas”, “el partido”, y “hoy”. Cada capítulo hace la crónica en imágenes de la transformación de las ciudades alemanas, antes, durante, después y hoy en día, debida a la guerra aérea. Estas imágenes ponen rostro y figura a las de otro modo indiferentes estadísticas que hemos llegado a conocer muy bien a través de la encuesta del bombardeo estratégico de los Estados Unidos: más de medio millón de civiles alemanes fueron asesinados, 3,6 millones de viviendas destruidas, o el 20% del total de las mismas, lo que significa que 7,5 millones de personas se quedaron sin hogar. Cerca del 80% de todos los centros urbanos de Alemania quedaron arrasados o severamente dañados. En el libro de imágenes de Friedrich vislumbramos la devastación masiva a la que 131 ciudades y pueblos fueron sometidos bajo una tormenta de bombas explosivas e incendiarias. Todo esto se vuelve más terrorífico cuando nos damos cuenta de que la mayor parte de tal devastación tuvo lugar después de que hubiera quedado claro que los Aliados ganarían la guerra y de que los propios alemanes anticiparan, ya en la primavera de 1944, que Alemania perdería la guerra.

Nunca se subrayará suficientemente que la clave no es excusar al régimen nazi ni intentar obtener alguna superioridad moral rebajando la integridad moral de los Aliados y de sus estrategias bélicas. Friedrich está interesado en la crónica de la tragedia humana, la cual contó con víctimas y verdugos, por ambas partes. Al final, Friedrich nos ha provisto de un archivo indispensable que constituye una verdadera "enciclopedia del dolor" (Friedrich, 2002, pág. 486), ajustada a los niveles de angustia y desesperación provocados por las nuevas tecnologías y estrategias bélicas.

III. Hans Erich Nossack

15. Hans Erich Nossack llamó la atención de los lectores estadounidenses y británicos cuando Sebald lo distinguió, junto a Boll y Kasack, como uno de los pocos escritores alemanes que habían intentado hacerse cargo del bombardeo de las ciudades alemanas. Sebald se centró en las memorias de Nossack escritas poco después del bombardeo de Hamburgo en 1943, que fueron publicadas por él mismo en una colección de reportajes que llevaba por título *Interview mit dem Tode* [Entrevista con la Muerte]. Sebald se fija especialmente en el informe en que Nossack hace el relato autobiográfico del bombardeo de Hamburgo, que apareció con el título "Der Untergang: Hamburg 1943" (Nossack, 2005). Las memorias de Nossack constituyen de hecho una pieza impresionante de literatura. En ellas se combina un estilo lapidario y casi clínico con un tono metafísico y surrealista que mantiene el contacto de la memoria sobre la singularidad de la destrucción de Hamburgo. La primera frase anuncia: "Yo viví la

destrucción de Hamburgo como un espectador". Pero para el final de la primera página, el espectador es convocado como testigo para soportar el peso de la memoria, la carga de hablar del conocimiento de aquello que se vio: "Para mí, la ciudad se arruinó como un todo, y lo peligroso de mi situación consistió en estar abrumado por la visión y el conocimiento de la totalidad de su destino" (Nossack, 2005, pág. 1). El alcance y la finalidad de la destrucción sólo podían ser comprendidos en la experiencia y la memoria de alguien que se había sustraído a la tragedia como espectador para llegar a convertirse en actor capaz de evocarla. La memoria aquí es un imperativo, justificado por la pasividad de la supervivencia arbitraria y culpable.

16. Nossack registra en sus memorias lo que tal vez se sugiere en la frase "sobre la historia natural de la destrucción". La devastación no sólo lo fue de los seres humanos, de la ciudad, de los artefactos y elementos que le dan densidad a la existencia cotidiana y a los que se aferran nuestros sentimientos. Para Nossack, el bombardeo también fue un acontecimiento en la naturaleza, tal vez incluso de la naturaleza. "Todo esto no tiene sentido y pensando en ello uno se llena de una infinita piedad por todas las criaturas, y cae en el silencio porque las palabras amenazan con convertirse en sollozos" (Nossack, 2005, pág. 9). El bombardeo desciende, cae como lluvia y colapsa el cielo sobre Hamburgo, y no de una manera sorpresiva o imprevisible. Nossack hace notar con precisión:

"Uno no se atrevía a inspirar por miedo a inhalarlo. Era el sonido de 1800 aviones acercándose a Hamburgo desde el sur a una altura inimaginable. Habíamos experimentado ya más de doscientos ataques, entre ellos algunos muy fuertes, pero esto era algo completamente nuevo. Y sin embargo hubo un reconocimiento inmediato: era lo que todo el mundo había estado esperando, lo que pendía durante meses como una sombra sobre todo lo que hacíamos, dejándonos agotados. Era el final" (Nossack, 2005, pág. 8).

17. Este final es, curiosamente, un acontecimiento absolutamente humano. Nossack se niega a ontologizar, mitificar y neutralizar el carácter histórico de este final. La naturaleza no ha de ser salvada, incluso menos que los seres humanos, que pueden escapar a la devastación. Amigos y enemigos, los seres humanos y la naturaleza están atrapados en la tormenta de fuego.

"Pero ahora ya no era el momento de una distinción tan insignificante como la que existe entre amigo y enemigo. Y de repente todo estaba sumergido en la luz blanquecina del inframundo. Un reflector detrás de mí barría la tierra al nivel del suelo. Asustado, me di la vuelta y entonces vi que incluso la naturaleza se había sublevado llena de odio contra sí misma. Dos pinos sin tronco se habían abierto paso entre el trance pacífico de su existencia y se habían convertido en lobos negros que saltaban con avidez hacia la hoz sangrienta de la luna,alzada ante ellos. Sus ojos brillaban y la espuma les goteaba por sus fauces mientras rugían" (Nossack, 2005, pág. 11).

La imagen de la luna como una hoz ensangrentada, pendiente sobre los seres humanos, tiene su paralelo en la de los lobos rabiosos que saltan de manera asesina a por ella. La naturaleza se odia a sí misma por haber dado nacimiento a esta criatura abominable: los humanos. Más tarde, es toda la tierra la que "se retuerce de agonía" (Nossack, 2005, pág. 15) Este dolor se agudiza cuando Nossack escribe sobre los gatos de Hamburgo.

"Vale la pena hablar de los gatos de la ciudad. Ya nadie les podía atraer con artimañas desde las ruinas de sus antiguos hogares. Se escabulleron entre las vigas carbonizadas y humeantes, aullando de hambre. Cuando la gente les traía algo por piedad, los gatos atacaban la comida, chillando, preparados para pelear. No se dejaban coger, había que usar la fuerza o una trampa. La mayoría de ellos murió a pesar de toda la atención que se les dio, ya fuera por nostalgia o consumidos por las secuelas del terror" (Nossack, 2005, pág. 51).

18. Sin duda una de las razones por las que Sebald encumbró a Nossack fue por la negativa total de este último a permitir que sus memorias fueran usadas con intenciones apologéticas. No hay deseo ni de exculpación ni de recriminación en la narrativa de Nossack. Más bien al contrario. Nossack hace la crónica del fracaso del "Estado" para hacer frente a los bombardeos. Curiosamente, Nossack toma nota de la traición del "Estado" no para lamentar la propia situación de total abandono de los alemanes, sino con el fin de señalar el doloroso desprecio de sí mismos por haberse atendido siempre a la idea de que podían haber esperado algo más de ese Estado. Nossack escribe:

"...todo el mundo sabía que precisamente aquellos cuya posición y cuyas promesas les deberían haber obligado a permanecer en sus puestos y a ayudar hasta el final, habían sido los primeros en salir corriendo y, como si esto fuera poco, en haber abusado de manera implacable de sus influencias para apoderarse de los vehículos en los que transportaban sus pertenencias; sí, y todo el mundo sabía que habían dejado a otros refugiados tirados en la calle con sus últimos fardos. Este no es un caso aislado y no es ninguna exageración; miles de personas lo vieron. Pero cuando la gente habló de ello, sus palabras, aunque amargas, estaban lejos de ser vengativas; era más bien como si se rieran de sí mismas por haber esperado alguna vez otra cosa. ¡Ay de nosotros si el poderoso hubiera de vengarse algún día de este desprecio! Pero creo que ellos ni siquiera lo entendieron" (Nossack, 2005, pág. 34).

19. Precisamente en respuesta a este desprecio propio Nossack apunta, a propósito, una reflexión sobre aquello que acompañó a esta burla de sí mismos, y que es la ausencia de imprecaciones y de recriminaciones a los Aliados por los bombardeos. Nossack escribe:

"... No he escuchado a una sola persona maldecir a los enemigos o culparlos por la destrucción. Cuando los periódicos publicaron epítetos como "piratas del aire" o "incendiarios criminales", no

les prestamos atención. Una visión mucho más profunda nos prohibió pensar en un enemigo que se supone que ha causado todo esto; para nosotros, él también era a lo sumo un instrumento de las fuerzas inescrutables que intentaban aniquilarnos. No he conocido ni a una sola persona que se consolara con la idea de la venganza. Al contrario, lo que se solía decir o pensar era: ¿por qué habría que destruir también a los otros? ... Todo esto tiene que decirse de una vez por todas. Pues redundante en la gloria del hombre que, en el día del ajuste de cuentas, él experimente su destino con tal grandeza de espíritu. Incluso aunque solo sea por un breve periodo; porque mientras tanto el panorama se ha vuelto confuso de nuevo" (Nossack, 2005, pág. 34)

20. Las memorias de Nossack son una rememoración brillantemente lúcida, pero también son una meditación sobre la memoria, el testimonio y la temporalidad. Esto apunta por lo tanto a una ética de la memoria. Nossack pregunta en actitud reflexiva:

"¿Para qué seguir? Quiero decir, ¿por qué registrar todo esto? ¿No sería mejor entregarlo al olvido por siempre jamás? Puesto que aquellos que estuvieron allí ciertamente no tienen que leerlo. ¿Y los otros, y aquellos que vendrán después? ¿Qué pasa si lo leen sólo para disfrutar de algo extraño e inquietante y para sentirse ellos más vivos? ¿Se necesita un apocalipsis para esto? ¿O un descenso a los infiernos? Y nosotros, que hemos estado allí, ni siquiera nos atrevemos a pronunciar una advertencia profética. ¡Todavía no!" (Nossack, 2005, pág. 36-7).

La memoria aquí tiene el don de la profecía. De hecho, la memoria es profecía, pero sólo cuando su tiempo ha llegado, cuando la humanidad, no los individuos o las naciones, se hace consciente de sus terrores. Ahora bien, ¿qué es el tiempo, cuando la continuidad histórica ha sido desgarrada de tal modo y los seres humanos han sido desterrados de su civilidad, de sus ciudades, de sus mundos? "Ahora el tiempo se sienta tristemente en un rincón y se siente inútil" (Nossack, 2005, pág. 63) ¿Cómo vamos a llegar a un punto de reconocimiento o de reciprocidad, cuando estamos desquiciados, fuera del tiempo, a la deriva en el vacío de la eternidad? Nossack capta precisamente este tiempo estancado. Entre las ruinas el tiempo se ha vuelto inútil, sin sentido, como una forma de organizar la experiencia humana. Todo sucede simultáneamente y los eventos son lanzados en desorden -momentos suspendidos en el aire como gotitas de agua en una imagen congelada: antes, ahora, entonces, no son ya coordenadas. En este sentido la percepción deviene super-sensible, y el hiperrealismo se apodera de todo. Cada punto, cada fragmento de color, sonido, olor y sabor pasa a primer plano para formar un lienzo hipersensorial. Como Nossack recuerda, aun en medio del estruendo infernal de las bombas se podía escuchar el susurro de las hojas.

21. Otro dato revelador acerca las memorias personales de Nossack es que Joel Agee, su traductor estadounidense, se había familiarizado con el texto desde su primera publicación, allá por 1948, y había emprendido su traducción en el punto álgido de la guerra de Vietnam. Agee escribe en el prólogo de su traducción:

"Traduje el ensayo sobre Hamburgo cuando tenía apenas treinta años. Estaba viviendo en Nueva York por aquel entonces. No estoy seguro de por qué me hice cargo de esa tarea. No fue con la intención de publicar la obra. Probablemente el motivo era compartirla con algunos amigos y con mi esposa, por la simple razón de que me gustaba. Pero no puedo dejar de pensar que mi regreso al libro de Nossack en ese momento, y mi decisión de traducir parte de él, tenía algo que ver con la guerra en Vietnam, o más bien con el lenguaje con que se discutía aquella guerra: el lenguaje militar a favor de la guerra y contra ella, el lenguaje racional de los números y las cantidades, el lenguaje analítico, el lenguaje de los periódicos, el lenguaje de los escritores de discursos. En esta Babel de retóricas, debo de haber recordado la calma sin viento en el relato de Nossack y haber abierto su libro con objeto de ver cómo se las ingenió para hablar de su terrible experiencia sin quejas y sin acusaciones y, sin embargo, con una autoridad que impone una calma recíproca en el lector" (Nossack, 2005, pág. x).

Agee relata que envió el manuscrito de su traducción a varios editores, y que solo recibió rechazos. Le dijeron que los estadounidenses no estaban dispuestos a simpatizar con el sufrimiento de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (Nossack, 2005, pág. xi).

Hay dos preguntas inevitables que han de ser puestas sobre la mesa. La primera es si podemos leer a Nossack hoy, en el mundo que hemos heredado con la victoria de los aliados sobre las potencias del Eje, no como un intento de exculpación propia o una súplica de piedad, sino como un relato profundamente humano del sufrimiento y la devastación que continúa atormentándonos a causa de las armas de encubrimiento de nosotros mismos que lo provocan. Y la segunda cuestión es hasta qué punto el rechazo del duelo y la negación de la empatía son marcas de una similar distorsión y fracaso moral y psicológico. Volveremos sobre estas preguntas en las conclusiones.

Kurt Vonnegut

22. *Matadero Cinco* de Vonnegut es uno de los clásicos de la literatura antibélica americana (Vonnegut, 1991). Fue publicado en 1969, en el apogeo de la Guerra de Vietnam, después de que Vonnegut pasara varias décadas intentando escribirlo. El libro no es ni una novela ni un libro de memorias. Transgrede todos los géneros. Es en parte cuaderno de viaje, memorias, ciencia-ficción, humor negro y sarcástico retrato de lo absurdo de la guerra¹². Indudablemente, el libro trata de la imposibilidad de escribir sobre la experiencia de los bombardeos de Dresde sin traicionarla con la linealidad y la simplicidad de las frases¹³. El libro se basa en las experiencias de Vonnegut como prisionero de guerra, como alguien que sobrevivió a los bombardeos después de haber sido bombardeado y

¹² Para una discusión de Vonnegut en el contexto de la otra literatura de guerra en los Estados Unidos, véase James Dawes, 2002.

¹³ Véase a este respecto la entrevista entre Volker Hage y Kurt Vonnegut recogida en *Zeugen der Zerstörung* (Hage, 2003, pág. 281-286).

ametrallado por los aviones alemanes, los estadounidenses, los ingleses y los rusos. El libro aborda también el proceso de intentar escribir sobre Dresde, sobre sus viajes de vuelta a la ciudad en la que había sobrevivido refugiándose en el interior de un matadero. En el libro también se nos presenta a los tralfamadorianos, unos extraterrestres del planeta Tralfamadore cuya experiencia del tiempo es totalmente diferente de la que hace posible la percepción humana (y aquí las comparaciones con Nossack son inevitables, puesto que ambos hacen notar la inutilidad del tiempo para dar sentido a las experiencias vividas bajo los bombardeos). Billy Pilgrim, la voz de Vonnegut en el libro, lo trasmite en los términos de la filosofía tralfamadoriana del tiempo:

"Todos los momentos, el pasado, el presente y el futuro, siempre han existido y siempre existirán. Los tralfamadorianos pueden contemplar todos los momentos diferentes de la misma forma que usted, por ejemplo, puede observar cualquier trecho de las Montañas Rocosas... Cuando un tralfamadoriano ve un cadáver, todo lo que se le ocurre pensar es que la persona muerta está en malas condiciones en aquel momento particular; pero sabe que aquella misma persona puede encontrarse estupendamente en otros muchos momentos. Ahora, después de aquella experiencia junto a ellos, cuando oigo decir que alguien ha muerto, simplemente me encojo de hombros y digo lo que los tralfamadorianos dicen acerca de las personas muertas: "Así son las cosas" (Vonnegut, 1991, pág. 26-27).

De tal sentido de la temporalidad es difícil derivar un sentido de justificación moral. "No hay un comienzo, ni causas, ni efectos" (Vonnegut, 1991, pág. 88). Esto no difiere de los primeros puntos de vista de Wittgenstein sobre la ética: "Si uno fuera a escribir un libro que pudiera contener todas las aserciones que pudiesen ser enunciadas sobre el mundo, este libro no contendría un enunciado ético. El mundo es sólo la totalidad de los estados de cosas, todo lo que es el caso. Pero los enunciados morales no son estados de cosas. Son la manera en que los humanos adoptan ciertas posturas hacia el mundo y, por tanto, no pueden ser parte de ese libro que dice todo lo que es el mundo".

23. Hay dos frases hechas que se repiten en el libro casi en cada página, incluso a veces en la misma página, como si fueran conjuros mágicos. Una es lo que dicen los tralfamadorianos: "Así son las cosas". La otra es "¡Poo-tee-weet!" Uno podría tomárselas como sarcásticos encogimientos de hombros. ¡En la guerra esto es lo que ocurre! ¿O qué esperabais? Esta lectura requeriría que asumiésemos que Vonnegut aboga por que adoptemos esta filosofía del tiempo. Lo que yo sostengo es que en realidad él sugiere lo contrario.

El libro es demasiado irreverente como para permitirse las devociones de una teodicea en la que lo que ocurre es que algunos se salvan y otros no. Los tralfamadorianos son un dispositivo que permite a Vonnegut hablar del omnisciente y omnipotente "Yo" de la guerra justa de la cruzada de los niños, como anuncia el extenso subtítulo del libro: *Matadero Cinco o la Cruzada de los Niños. Un baile con la muerte. Escrito por Kurt Vonnegut, un germano-*

estadounidense de cuarta generación que ahora vive de manera acomodada en Cape Cod y que fuma demasiado, quien, como un ojeador de la infantería americana fuera de combate, como un prisionero de guerra, fue testigo del bombardeo incendiario de Dresde, Alemania, "La Florencia del Elba", hace mucho tiempo, y sobrevivió para contarlo. Esta es una novela un poco a la manera esquizofrénica y telegráfica de los cuentos del planeta Tralfamadore, de donde proceden los platillos volantes. Paz.

24. En el matadero cinco no hay héroes, ni físicos ni morales. Lo que impera es un profundo sentido de resignación, de suerte inmerecida, de sufrimiento por la absoluta aleatoriedad del destino que expulsa arbitrariamente a seres humanos de los caminos de la vida. Y sin embargo, cada momento está unido como una cadena, de tal manera que cada acto moral deja su marca. La filosofía tralfamadoriana del tiempo no es una teodicea, ni Vonnegut defiende que nos desprendamos de Dresde y de la guerra aérea como parte de una cadena de acontecimientos que nos ha traído hasta este momento, el momento de la victoria. Lo que está claro es que, si bien la memoria/ficción/comentario que es *Matadero Cinco* está enmarcada con el dispositivo de una filosofía diferente del tiempo, la obra trata también de Billy Pilgrim, quien a pesar de su implicación en estos acontecimientos, hace lo correcto. En *Matadero Cinco* hay un pasaje muy revelador que sugiere que si bien la historia la escriben los vencedores, esto no la convierte en correcta o en verdadera. En el pasaje Billy Pilgrim entabla una conversación con Rosewater, a quien conoce en el hospital después de un accidente y quien en ese momento está leyendo algo. Billy le pregunta a Rosewater sobre lo que está leyendo: "Así que Rosewater se lo contó. Era *El Evangelio desde el Espacio Exterior*, de Kilgore Trout. Trataba sobre un visitante del espacio exterior, el cual, por cierto, era muy parecido por su aspecto a un tralfamadoriano. El visitante del espacio exterior había hecho un profundo estudio del cristianismo para comprender, en lo posible, por qué los cristianos encontraban tan fácil la crueldad. Llegó a la conclusión de que al menos parte del problema era la narración descuidada del Antiguo Testamento. Supuso que la intención de los Evangelios era enseñar a la gente, entre otras cosas, a ser compasiva, incluso con las personas más bajas y ruines. Pero lo que los Evangelios en realidad enseñaban era esto otro: antes de matar a alguien, asegúrate de que no esté bien relacionado. Así son las cosas" (Vonnegut, 1991, pág. 108)

25. Sin embargo, como ocurre en Nossack, reina en el libro de Vonnegut una sensación de tranquilidad, un sentido de suspensión magnánima del juicio crítico. ¿De qué otra manera podría uno haber reaccionado cuando, conforme a todos los criterios y medidas posibles, la supervivencia de uno mismo era, si no milagrosa, al menos ilógica e insensible? En el prólogo a la 25ª edición Vonnegut escribe:

"No me arrepiento de este libro, del que dijo el memo solemne de George Will que trivializaba el Holocausto. Es una expresión de asombro, que no juzga críticamente, ante aquello que vi y que hice en Dresde después de haber sido ésta bombardeada durante mucho tiempo, cuando, en compañía de otros prisioneros de guerra y de trabajadores esclavos que habían sobrevivido al ataque, extraía los cadáveres de los sótanos y los transportaba, sin identificar, sin grabar sus

nombrados en ningún sitio, a una pira monumental".

Vonnegut nos narra entonces por qué él pudo rehusar juzgar. La devastación la habían llevado a cabo las bombas, los hombres honorables, y sin haber requerido ni un odio fanático ni una lealtad ciega. Dejar caer las bombas requería "no más furia y enojo que lo que requeriría" cualquier trabajo en "una cadena de montaje de automóviles". La tecnología hace necesario y al mismo tiempo fácil destruir sin tener que hacer frente a las consecuencias de los actos de destrucción que uno realiza. No obstante, para Vonnegut había una diferencia fundamental entre Auschwitz y el bombardeo incendiario de las ciudades alemanas. Mientras que Auschwitz era la inhumanidad de la humanidad hacia otros seres humanos, el bombardeo incendiario de las ciudades alemanas era la inhumanidad que nuestra tecnología nos permite infligir a otros seres humanos. Esta distinción, que a primera vista parece contener una diferencia cualitativa, se convierte de hecho en una diferencia cuantitativa. En tanto que una cuestión acerca de cuántas bombas y de cómo se lanzaron, la distinción entre los bombardeos y los crematorios parece diluirse. Esto es, la diferencia sería tal vez que en un caso los efectos no fueron inmediatamente evidentes para el que dejaba caer las bombas. Esto no significa aprobar o sugerir que no haya diferencias con respecto al exterminio deliberado y planificado de los judíos en los crematorios del sistema de los campos de concentración que se extendieron como un cáncer por la Europa ocupada por los nazis. La diferencia entre Auschwitz y Dresde, si las tomamos a modo de metonimias, no puede haber sido una cuestión de grados en un continuo tecnológico. Pues, en ese caso, la singularidad de Auschwitz, así como la de Dresde, se mezcla en la noche oscura del fanatismo tecnológico. ¿Qué debemos retener de todo esto para nuestro propósito de ofrecer una aproximación a la fenomenología del urbicidio, a través de su literatura? Lo que debemos retener es la cuestión que evidentemente da forma a la escritura de *Matadero Cinco* y la que Vonnegut responde en sentido negativo: ¿supone banalizar el Holocausto el hecho de escribir con empatía sobre el sufrimiento de las víctimas del bombardeo de las ciudades alemanas?

V. Conclusión

26. Günter Grass escribe en su novela de 2002, *Im Krebsgang* [*A paso de cangrejo*], un libro que ha añadido más combustible al debate sobre la literatura de la guerra aérea: "Pero aún no estoy seguro de cómo seguir con esto: ¿debería hacer como me enseñaron y desempaquetar una vida a la vez, en orden, o tengo que desplazarme furtivamente a tiempo al modo como andan los cangrejos, pareciendo ir para atrás cuando realmente me escabullo hacia un lado y, por lo tanto, trabajando mi manera de avanzar con rapidez" (Grass, 2003, pág. 3).

En nuestro caso, nos hemos escabullido por los lados, como si hubiésemos vuelto a la Segunda Guerra Mundial, cuando de hecho nos hemos estado moviendo hacia nuestros días, en los que los militares de Estados Unidos continúan librando la guerra con las mismas doctrinas y principios que llevaron a la devastación de la mayoría de las ciudades alemanas y al asesinato de más de medio millón de civiles. Estas políticas y doctrinas siguen en vigor hoy. "Conmoción y terror" no es más que una extensión de la operación Gomorra (el bombardeo de Hamburgo) y la

operación Overlord (los bombardeos de Berlín y Dresde), así como el bombardeo de área usado en Korea y el bombardeo intensivo en alfombra usado en Vietnam.

No es ningún secreto el hecho de que la supremacía aérea es una doctrina central de la estrategia militar de Estados Unidos (Mendieta, 2005). Lo que no se reconoce, aunque es una consecuencia obvia, es que esta supremacía aérea también implica un "avance hacia adelante" de las fuerzas aéreas que deben neutralizar a su presunto enemigo antes de que abandone la pista (Sherry, 1987; Crane, 1993; Schaffer, 1985).

27. Quiero sugerir que la inevitabilidad del urbicidio en tanto que consecuencia lógica de la supremacía del aire, cuyos principios ya enunció en los años treinta Giulio Douhet en su obra *El Comando del Aire* (Douhet, 1983), está a la vez encubierta y tolerada por lo que me gustaría llamar un chantaje moral, que es un chantaje que sigue extorsionándonos precisamente porque nos imponemos un silencio que nos impide siquiera formular preguntas acerca de la justificación posible de matar a cientos de miles de civiles en un bombardeo¹⁴. Es un chantaje que dice que la inmoralidad suprema de nuestro enemigo ofrece una garantía y una coartada a nuestros propios actos de devastación, que además deben quedar impunes e indiscutidos y más allá de cualquier censura. Si uno se atreve a plantear incluso la cuestión de la moral de los propios medios, entonces, es acusado de consentir o tolerar la malevolencia de su enemigo. El chantaje es entonces que la moralidad de los actos propios se mantiene más allá de toda revisión y cualquier cuestionamiento en este sentido te convierte en un colaborador o en un pacificador del terror de los otros. La historiadora Dagmar Barnouw ha dado expresión a este particular fenómeno cuando pregunta lo siguiente en su poderoso libro *The War in the Empty Air* [*La guerra en el aire vacío*]:

"La autoridad político-moral sobre la que se ha trazado durante muchas décadas una extendida expectativa estadounidense del remordimiento colectivo alemán, y que ha sido revitalizada por el colapso del Bloque del Este, ¿no ha contribuido a que las certezas de la superpotencia pudieran demostrarse muy poco saludables para el cuerpo político? ¿Cuánto tiempo puede un grupo, especialmente uno que tiene mucho poder, sobrevivir a tanto aire de superioridad moral?" (Barnouw, 2005, pág. 6; véase también Grayling, 2006).

El hecho es que el chantaje del que estoy hablando, al que Barnouw llama "las certezas de la superpotencia", se basa en la yuxtaposición de un Malus moral y de un Bonus / Bonum moral, que Barnouw discute en su libro. Mientras que los alemanes heredaron el primero, los estadounidenses y los aliados heredaron el segundo. Lo que Barnouw sugiere con esta yuxtaposición es que el cálculo moral presupuesto por las certezas de la superpotencia es una cosmología moral maniquea reductora y simplista en la que algunos son sumamente malos y, de hecho, se les puede castigar y destruir, y otros son sumamente buenos y, por tanto, están a priori exentos de culpa y justificados

¹⁴ Una cuestión que Robert McNamara cree que tenemos que preguntarnos. Véase el documental *The Fog of War. Eleven Lessons from the Life of Robert S. McNamara*.

para cualquier acto de destrucción. Pero seguro que ningún grupo, ninguna nación puede desarrollar un sentido propio y medido del derecho y de la responsabilidad moral cuando todas sus acciones emanan de un Bonus / Bonum moral incuestionado e incuestionable.

Si la incapacidad para el duelo puede delatar la incapacidad de llegar a hacerse cargo de la complicidad y la pérdida, entonces la incapacidad de empatizar delata una incapacidad de verse a sí mismo como un igual moral, como alguien a un tiempo responsable y con capacidad para la revisión y la reparación moral. Esta es precisamente la razón de que, por ejemplo, los Estados Unidos no participen en el Tribunal Penal Internacional, la razón también de que hagan alarde de la Convención de Ginebra en Guantánamo, Abu Grahیب y otros lugares que por ley están fuera de la ley (como habían determinado los abogados de la Casa Blanca)¹⁵.

28. Lo que nos otorga la literatura del uricidio es un lenguaje, un lenguaje que sin embargo lleva las heridas de un silencio impuesto por una devastación que va más allá de su propio poder expresivo, que no trivializa ni idealiza, exculpa o mitifica el sufrimiento de todas las víctimas de una forma de guerra cuya moralidad sólo ahora estamos en condiciones de cuestionar.

La ética de la ficción en este caso exige que tomemos posición en el bando de las víctimas inocentes, ya estén a este o al otro lado de los muros de la tiranía. Es una ética que exige que abandonemos la cáscara dura de nuestra propia indiferencia e intransigencia moral y que, en palabras de Emmanuel Levinas, asumamos la carga de la moralidad del otro mediante el examen de la moralidad de nuestras propias acciones. Una vez más, en la filosofía de la ética de Levinas, somos más responsables que el otro, y somos especialmente responsables de la moralidad del otro. Hay una asimetría fundamental en la moral, pero no es la asimetría de un supremo bien por completo enfrentado a un mal absoluto. Más bien es la asimetría que consiste en que los actos de uno tienen que ser sometidos a un escrutinio moral mayor que la moralidad del otro. Nuestra bondad moral, nuestra posición moral, es una respuesta al otro, pero que sin embargo nunca se justifica por el otro, especialmente cuando el otro no logra actuar moralmente.

Bibliografía

- Anderson, Mark M. (2005), "Crime and Punishment", *The Nation*, Vol. 281, No. 12 (17 de octubre de 2005), pág. 31-38.
- Barnouw, Dagmar (2005), *The War in the Empty Air: Victims, Perpetrators, and Postwar Germans*, Bloomington and Indianapolis, Indiana University Press.
- Bess, Michael (2006), *Choices under Fire: Moral Dimensions of World War II*, New York, Knopf.
- Budiansky, Stephen (2004), *Air Power: The Men, Machines, and Ideas that Revolutionized War, From Kitty Hawk*

¹⁵ Los mejores análisis de este fenómeno se encuentran en Cole, 2003; Butler, 2004; Danner, 2004. Véase también el importante ensayo "Rules of Engagement: Why Military Honor Matters" (Scarry, 2006).

to *Gulf War II*, New York, Viking.

Buruma, Ian (2004), "The Destruction of Germany", *New York Review of Books*, Vol. 51, No. 16, correspondiente al 21 de octubre 2004.

Butler, Judith (2004), *Precarious Life: The Power of Mourning and Violence*, London and New York: Verso.

Cole, David (2003), *Enemy Alien: Double Standards and Constitutional Freedoms in the War on Terrorism*, New York, New Press.

Crane, Conrad C. (1993), *Bombs, Cities, and Civilians: American Airpower Strategy in World War II*, Lawrence, University Press of Kansas.

Danner, Mark (2004), *Torture and Truth: America, Abu Ghraib, and the War on Terror*, New York, New York Review Books.

Dawes, James (2002), *The Language of War: Literature and Culture in the U.S. from the Civil War through World War II*, Cambridge, Harvard University Press.

de Bruhl, Marshall (2006), *Firestorm: Allied Airpower and the Destruction of Dresden*, New York, Random House.

Douhet, Giulio (1983), *The Command of Air*, Washington, Office of the Air Force History. La edición original data de 1942.

Friedrich, Jorg (2002), *Der Brand: Deutschland im Bombenkrieg 1940-1945*, München, Propylaen. Traducción: Friedrich, Jorg (2003), *El incendio: Alemania bajo los bombardeos 1940-1945*, Madrid, Taurus.

Friedrich, Jorg (2003), *Brandstätten: Der Anblick des Bombenkriegs*, München, Propylaen.

Galbraith, John Kenneth (1981), *A Life in Our Times*, Boston, Houghton Mifflin Company. Traducción: Galbraith, John Kenneth (1982), *Memorias. Una vida de nuestro tiempo*, Barcelona, Grijalbo.

Grass, Gunther (2003), *Crabwalk: A Novel*, New York, Harcourt Inc. Versión castellana: Grass, Gunther (2002), *A paso de cangrejo*, Madrid, Alfaguara.

Grayling, A. C. (2006), *Among the Dead Cities: The History and Moral Legacy of the WWII Bombing of Civilians in Germany and Japan*, New York, Walker & Company.

Hage, Volker (2003), *Zeugen der Zerstörung: Die Literaten und der Luftkrieg. Essays und Gespräche*, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main.

Hastings, Max (2004), *Armageddon: The Battle for Germany 1944-1945*, New York, Alfred A. Knopf. Traducción: Hastings, Max (2010), *Armagedón. La derrota de Alemania, 1944-1945*, Barcelona, Crítica.

Hobsbawm, Eric (1995), *The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991*, New York, Pantheon Books. Traducción: Hobsbawm, Eric (1998), *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo Mondadori.

Isenberg, Noah (2005), "Dresden Mon Amour: Realism or Revisionism? Germans Revisit the War", en *Bookforum*, Summer 2005, págs. 4-8. Disponible on-line en: http://www.bookforum.com/archive/sum_05/isenberg.html.

Kaldor, Mary (2001), *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*, Stanford, Stanford University Press, Stanford. Traducción: Kaldor, M. (2001), *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.

- Levene, Mark (2000), "Why is the Twentieth Century the Century of Genocide", *Journal of World History*, Vol. 11, No. 2, pp. 305-336.
- Mendieta, Eduardo (2005), "Axel of Evil: SUVing through the Slums of Globalizing Neoliberalism", *City*, Vol. 9, No. 2, 195-204.
- Nossack, Hans Erich (2005), *The End: Hamburg 1943*, Chicago and London, The University of Chicago Press. Traducción: Nossack, Hans Erich (2010), *El hundimiento. Hamburgo 1943*, Segovia, La Uña Rota.
- Parker, Richard (2005), *John Kenneth Galbraith: His Life, His Politics, His Economics*, New York, Farrar, Straus and Giroux.
- Robertson, Linda R. (2003), *The Dream of Civilized Warfare: World War I Flying Aces and the American Imagination*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Scarry, Elaine (2006), "Rules of Engagement: Why Military Honor Matters", *Boston Review*, Vol. 31, correspondiente a noviembre-diciembre de 2006; Disponible on line en: <http://bostonreview.net/BR31.6/scarry.html>
- Schaffer, Ronald (1985), *Wings of Judgement: American Bombing in World War II*, New York and Oxford, Oxford University Press.
- Sebald, Winfried G. (2003), *On the Natural History of Destruction*, Translated by Anthea Bell, New York, Random House. Traducción: Sebald, Winfried G. (2003), *Sobre la historia natural de la destrucción*, Barcelona, Anagrama.
- Sebald, Winfried G. (2005), *Campo Santo. Prosa, Essays*, New York, Random House. Traducción: Sebald, Winfried G. (2007), *Campo Santo*, Barcelona, Anagrama.
- Sherry, Michael S. (1987), *The Rise of American Air Power: The Creation of Armageddon*, New Haven and London, Yale University Press
- Wyschogrod, Edith (1985), *Spirit in Ashes: Hegel, Heidegger and man-made death*, New Haven, Yale University Press.
- Vonnegut, Kurt (1991), *Slaughterhouse-Five or the Children's Crusade*, New York, Dell Publishing. La edición original data de 1969. Traducción: Vonnegut, Kurt (1999), *Matadero Cinco o la cruzada de los niños*, Barcelona, Anagrama.
- Wyschogrod, Edith (1998), *An Ethics of Remembering: History, Heterology, and the Nameless Others*, Chicago, University of Chicago Press.

